

ANTONIO GAUDÍ EN CUERPO Y ALMA *

LUIS PRADOS DE LA PLAZA

CONFERENCIA GAUDÍ

El último libro sobre el arquitecto catalán Antonio Gaudí es posiblemente el que recoge un ciclo de seis mesas redondas celebradas en Madrid durante la primavera última. Ya sé que sobrepasan de cuatrocientos los volúmenes dedicados a la vida y la obra de este español universal (muchos de ellos escritos muy recientemente y, todavía, en imprentas), acaso no suficientes para conocer a fondo la personalidad y el talento artístico que acompañaron la vida del humanista incomparable que nos convoca esta tarde en la Real Academia de Doctores.

He querido arrancar con este detalle representativo de la actualidad, que todos los periodistas llevamos metida hasta en los bolsillos de la chaqueta, porque la presentación oficial del libro «Gaudí en Madrid», precisamente, tuvo un resonante eco cultural en la tarde/noche de ayer, en el Palau Bofarull de Reus, la ciudad donde vio la luz Antoni Gaudí i Cornet, hace ciento cincuenta años. Entre las innumerables sesiones literarias y científicas, ciclos de proyecciones, publicaciones, fotografías, conferencias, artículos o exposiciones fijas e itinerantes, celebradas durante el Año Internacional Gaudí (además de las colas interminables delante de la Sagrada Familia y su museo), figura esta idea de expresar en Madrid la memoria y la admiración gaudinianas.

Mi intención, esta tarde, se limita a recoger el eco de la noticia. Y empiezo por recordar el dictamen de Norman Foster, cuando dijo que los métodos de Gaudí «siguen siendo revolucionarios, un siglo después».

Pues, bien, la primera sensibilidad de traer a la inquietud cultural de la sociedad madrileña la palabra de los estudiosos y de los primeros especialistas en los pasos y los trazos de Gaudí, su mística personal y su atrayente aportación a la arquitectura, pertenece a la Fundación Independiente que preside el doctor Ignacio Buqueras, miembro electo de esta Corporación, a quien he podido agradecer su invitación para moderar una de las mesas redondas, la cuarta, que recorrió en el salón de actos de Blanquerna la vida y milagros de ese impresionante equilibrio de la piedra y la doctrina que es la Sagrada Familia.

* Conferencia pronunciada en la Real Academia de Doctores el 18 de septiembre de 2002.

Agradezco igualmente a nuestro presidente, el doctor Alberto Ballarín, y su junta de gobierno, que hayan incluido en el calendario de conferencias de nuestra Casa unos bocetos de la biografía humana y profesional de un genio que sin moverse apenas de Barcelona ha sido capaz de traspasar todas las fronteras del mundo. Tanto el decano del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, nuestro compañero el doctor Fernando Chueca Goitia —uno de los ponentes en el ciclo al que me he referido—, como la doctora Carmen Guirado, que informó en otras de las sesiones sobre su tesis doctoral de Filosofía y Letras, dirigida por Lázaro Uncenta Goicoechea, que incluía un estudio psicológico de Antonio Gaudí, sabrán perdonarme, como todos ustedes, el atrevimiento de esta crónica ligera ante un auditorio tan selecto y en un espacio tan acostumbrado a escuchar lecciones pedagógicas, como bien se recuerdan en esta aula escalonada.

Hijo, nieto y bisnieto de caldereros, a caballo entre Reus y Ruidoms, una distancia de cuatro kilómetros en la provincia de Tarragona, la vida de Gaudí transcurrió en torno a una familia que fue viendo desaparecer, poco a poco, hasta el punto de verse obligado a cuidar largos años de una sobrina y, especialmente, de su padre, que alcanzó los noventa y tres, cuando ya el arquitecto estaba entregado en cuerpo y alma a su trabajo: la Sagrada Familia en el cuaderno fundamental de sus obligaciones. El padre de Gaudí murió en 1906. Treinta años antes, en medio de la tristeza por la muerte repentina de uno de sus hijos, se extinguió la vida de su madre. El matrimonio que formaron Francisco Gaudí y Antonia Cornet tuvo cinco descendientes, ninguno sobrado de salud. Rosa, la mayor, se casó con un músico bohemio que le dio una vida de estrecheces y calamidades: no vivió más que treinta y cinco años; los estudios de la sobrina huérfana se convirtieron en otro de los cuidados que se impuso el artista. Los hermanos segundo y tercero (María y Francisco) fueron víctimas de la alta mortandad infantil de la mitad del siglo XIX. Otro varón, mayor que Antonio, al que también bautizaron con el nombre de Francisco, era la esperanza de la familia: llegó a terminar su carrera de Medicina, con el esfuerzo económico que puede imaginarse (ya estaba estudiando Arquitectura el quinto de la familia, al mismo tiempo que trabajaba para costearse la carrera), pero la muerte de Francisco en plena juventud vino a añadirse al doloroso destino familiar, que no pudo soportar la madre.

Marcado por los constantes signos de tristeza, débil de condiciones físicas y en tiempos de economías recortadas, la infancia y adolescencia de Antonio Gaudí se vieron condicionadas por los escenarios y los acontecimientos familiares, además de los generales de la época. Su desbordante imaginación, ya desde niño, se dejó sentir en el trayecto Ruidoms-Reus, lo mismo de ida que de vuelta. Su nacimiento está registrado el 25 de junio de 1852 y, un día después, fue bautizado en la parroquia de San Pedro Apóstol de Reus. Ese mismo año nació Leopoldo Alas, Clarín; un año antes, junto al Concordato con la Santa Sede, vino al mundo Emilia Pardo Bazán, cuando Galdós tenía ocho años; llevaba poco tiempo haciendo retumbar las vías el peso de la máquina y los vagones del primer ferrocarril en España, entre Barcelona y Mataró, alrededor de unos meses impregnados de la ola revolucionaria en toda Europa, que venía de viaje, seguramente, como la propia historia ha dejado escrito.

Reus era una ciudad muy activa desde el punto de vista industrial y comercial, si bien el número de escuelas públicas aparecía escaso y, consecuentemente, no todos los niños tenían la oportunidad de un aula y un pupitre. Antonio Gaudí, sí. Hizo el bachillerato en los escolapios de Reus y terminó en un Instituto de Segunda Enseñanza de

Barcelona. No fue un buen estudiante, como se señala en todas sus biografías. Su formación se alimenta de las reflexiones personales y de lecturas que busca y elige al margen de los textos oficiales. Solitario, pensativo, reservado pero lleno de imaginación, que ejercitaba en sus paseos por el campo, a los que se aficionó como parte necesaria para el cuidado de su precaria salud. Ayudó a su padre en el taller familiar y observó: sobre todo, observó lo que le ofrecía la Naturaleza: «El gran libro, siempre abierto y que conviene esforzarse en leer —dijo mucho tiempo después, mientras se entregaba a sus trabajos en la Sagrada Familia— es el de la Naturaleza; los demás libros han salido de éste y tienen además las interpretaciones y los equívocos de los hombres».

El alto número de fábricas en Reus señalaba el motor de una economía adelantada respecto a otras ciudades y sectores de la actividad industrial. Con la revolución textil se produjo una decadencia de los oficios artesanales que Antonio Gaudí había vivido desde su primera infancia, a través de los caldereros familiares —domicilio y taller en el mismo espacio— junto a los vecinos cercanos de los que, sin duda alguna, adquirió una predisposición para la fantasía artesanal. Muchos de los detalles de modernidad que Gaudí aplicó a su actividad profesional tuvieron su raíz en la experiencia infantil y su aptitud para la disposición manual en la transformación de diversos materiales: «Se debe estar ocupado todo el día, intelectualmente y manualmente, caminando y haciendo ejercicio, todo en proporción a las fuerzas que se tienen. Así se duerme toda la noche completa, y esto es el equilibrio, la compensación, la vida»...

La atracción de Reus tenía en las clases trabajadoras y en los pequeños industriales una constante demostración desde cuatro o cinco siglos antes a la época que estamos recordando. Muchos catalanes del contorno solían establecerse en Reus, donde las posibilidades de progreso eran muy superiores. El tirón comercial de Reus alcanzaba en este tiempo los intereses de toda Cataluña y aun traspasaba la fama y conexión con otras actividades mercantiles mucho más lejanas. Pero de la misma manera que a la familia Gaudí se le quedaba pequeña esta localidad —sobre todo, cuando algunos de sus miembros accedían a los estudios universitarios—, otros se acercaban a la sociedad reusense, más desarrollada que los pueblos de los alrededores. Ese sería el caso de la saga Banús, por ejemplo, establecida en La Masó, a veinte kilómetros de Reus: familia de constructores, «por cuenta propia», el riesgo de comprometerse a unas contrataciones, con sus plazos y órdenes de presupuestos, podía asumirse mejor desde un lugar más próximo a los centros e instituciones oficiales donde se convocan los concursos públicos a los que aspiran los contratistas de obras. El dinamismo de Isidro Banús Queralt (unido a sus tres hijos, Juan, Isidro y José) tomó verdadero impulso en Reus y se extendió por carreteras, estaciones ferroviarias, puertos y urbanizaciones de toda España, mientras Gaudí empezaba sus trabajos como arquitecto en Barcelona. De los Banús, la colonia de Mirasierra, en Madrid, sería un modelo en el que trabajaron y trabajan cuatro generaciones, lo mismo que el estirón para la estación de Chamartín o los barrios de La Concepción y del Pilar, entre otras realidades que han quedado clavados en la capital de España.

Al reconocimiento como centro comercial y agrícola, tan protegido por las excelentes condiciones naturales de los habitantes de Reus, se une la tradición histórica, el valor de sus edificios (con su formidable Ayuntamiento de estilo grecorromano), la fuerza del progreso y los signos de laboriosidad que desde siempre supieron imprimir sus habitantes.

Hasta el año 1869, en que se trasladó Antonio Gaudí a Barcelona, la agitación política, social y cultural que hasta entonces había vivido tuvo dos acontecimientos puntuales: el primero fue el pronunciamiento de O'Donnell en Vicálvaro, (cuando el futuro arquitecto cumplía dos años), que definió una acogida popular muy agitada en el entorno de Reus. Sin entender la situación, la consecuencia directa es que el pequeño creció en medio de una agitación política que se reflejó en unas campañas electorales llenas de crispaciones y mítines con serios enfrentamientos; el segundo acontecimiento marcó política y socialmente la vida de los españoles: la Revolución de Septiembre de 1868... «La Gloriosa», el exilio de la Reina Isabel II, el Gobierno provisional de Serrano..., precisamente en el momento en que el joven Gaudí se fue a vivir a Barcelona, en busca del acceso a la vida universitaria, que tendría que acompañarla de un exigente trabajo para asegurar los gastos. Un año después, la Constitución Democrática y el Gobierno de Prim; otro año más tarde, el asesinato del propio Prim. Hasta la restauración de la Monarquía, con Alfonso XII (1875), en cuatro años se pudo sentir el reinado de Amadeo de Saboya, la tercera guerra carlista, la abdicación de Amadeo, la efímera Primera República, la insurrección cantonal, la entrada en las Cortes del caballo de Pavía, el pronunciamiento de Martínez Campos en Sagunto y el Ministerio-regencia de Cánovas del Castillo... Marcada la historia de Cataluña durante la vida de Antonio Gaudí por acontecimientos trascendentales (con la industrialización, el protagonismo de dos grupos sociales, la burguesía y el proletariado; el renacimiento literario, un resurgimiento político dispuesto a luchar por la autonomía, focos de constantes disturbios en medio de los fenómenos culturales renovadores y modernizadores), no se sabe si fue el medio siglo XIX o el cuarto de siglo XX lo que dejó más huella en su vida y en su obra... Mientras se fundaba la Institución Libre de Enseñanza, en Madrid, Antonio Gaudí iba aprobando en la Escuela Técnica Superior de Barcelona las últimas asignaturas de su carrera. Estaba a punto de producirse un encuentro decisivo para su destino: Eusebio Güell es la persona que lanzó el caudal de iniciativas guardado en el cerebro de Antonio Gaudí.

«El arquitecto tiene que estar impuesta en muchas ramas del saber y reunir conocimientos de muchos campos distintos, porque en su obra se contrastan el valor de las Ciencias y de las Letras»... Así arranca el primer capítulo del libro primero de Marcus Vitruvius «De Architectura».

«Las fuentes del conocimiento son la práctica y la teoría. La práctica consiste en el continuo ejercer su oficio en las obras, acomodando los materiales al diseño de unos planos. La teoría es la capacidad de explicar los resultados de la destreza según los principios de la proporción (...) el que profesa arquitecto —además de distinguir lo que se busca y lo que le da forma o expresión— debe estar dotado naturalmente y ser, además, capaz de estudiar. Ni la capacidad natural sin estudio ni el estudio sin dotes naturales pueden hacer al artista».

Después de exigirle a un arquitecto ser un hombre de letras, saber dibujar y tener conocimientos de Geometría, Aritmética, Filosofía, Música, Leyes, Física, Medicina y Astronomía, entre otras ciencias, quiero pensar que el autor de este manuscrito que pertenece al siglo anterior al nacimiento de Cristo hubiera tenido idéntica inspiración veinte siglos más tarde, delante del retrato de uno de los genios creativos más capaces de revolucionar la fantasía: Antonio Gaudí i Cornet, que llevaba un libro de los Evangelios en

el bolsillo la tarde en que fue atropellado por un tranvía en el centro de Barcelona... En los últimos años de su vida se entregó en cuerpo y alma a la construcción de la Sagrada Familia. La indiferencia, cuando no la crítica de sus contemporáneos elevó su carácter de arquitecto genial al de un verdadero apóstol encerrado en su taller, junto a los secretos de la madera y el hierro, la piedra y el cristal, el yeso y el barro; rodeado de escuadras, cartabones, compases y tiralíneas; en medio de una falta de recursos económicos y una indiferencia, alrededor, sólo salvados desde su romanticismo profesional...

A la inevitable convivencia con los ataques del liberalismo, primero; del anticlericalismo, después; de los movimientos obreros, a continuación... llegaremos más adelante. El partido liberal de Sagasta se fundó cuando ya tenía Gaudí su título de arquitecto en el bolsillo, un año después de la fundación del Partido Socialista Obrero Español. En los tres lustros anteriores vinieron al mundo Unamuno (1864), Menéndez Pidal (1869), Baroja (1872), Azorín (1873), Concha Espina (1877), Gabriel Miró (1879), Juan Ramón Jiménez (1881)... Durante las dos primeras décadas de Gaudí, afincado en la capital catalana, se vivieron las sublevaciones republicanas, la muerte de Alfonso XII, la Regencia de siete años que condujo la reina María Cristina y la Exposición Universal de Barcelona, que coincidió con el nacimiento de Ramón Gómez de la Serna y la Fundación de la UGT...

El estirón de fin de siglo tuvo mayores convulsiones todavía. Las primeras manifestaciones del 1 de mayo en las principales ciudades, el atentado anarquista en el Teatro del Liceo (1893), la insurrección de Cuba (1895) y el levantamiento de Filipinas, al año siguiente... En fin, el asesinato de Cánovas del Castillo (1897) y la pérdida de las últimas colonias, unos meses después, que conmocionaron el sentimiento español y que dieron motivo para que una Generación literaria se instalara en la historia con el nombre del 98...

Necesito recordar, antes de entrar en los pasos profesionales de Gaudí, aquella jornada del 7 de noviembre de 1982, cuando el Papa Juan Pablo II subió las escaleras que conducen a la puerta principal de la Sagrada Familia, a los acordes de la sardana «La Santa Espina». Las flores, las banderas y las colgaduras de ventanas y balcones en el Paseo de Gracia, con el pavimento diseñado por Gaudí..., y durante todo el trayecto de la propia avenida que lleva el nombre del arquitecto, fueron símbolos de un espontáneo homenaje que para un cronista de aquellas jornadas resulta inolvidable. En medio de una colosal lluvia, me empapé del sentimiento, los sueños y las realidades de este artista tan sugestivo. El Papa vino a decir que «la Iglesia es el hogar universal de la familia de Dios, vuestro hogar. Es de esta realidad misteriosa de la que quiere ser expresión visible este magnífico Templo de la Sagrada Familia, de Barcelona, debido a la inspiración del padre Josep Manyanet y la obra de arte del genial maestro Antoni Gaudí».

En los trabajos de investigación de la biógrafa Ana María Ferrin se cita lo menos docena y media de obras capitales, levantadas por Antonio Gaudí en Barcelona, principalmente, además de León, Astorga, Comillas y Palma de Mallorca, con la restauración/recreación de su catedral, unas aportaciones que han quedado señaladas como Patrimonio de la Humanidad.

Eusebio Güell (Barcelona, año 1846) fue un paladín de la cultura y el mecenazgo. Viajero y con dominio de cuatro idiomas, entre una variada carta de estudios, era hijo

de Juan Güell, economista e industrial, y de Francisca Bacigalupi, que pertenecía a una noble familia de banqueros y comerciantes genoveses establecidos en la capital catalana desde principios de siglo. Su matrimonio con la hija del primer marqués de Comillas, Isabel López Brú, terminó de consolidar su posición económica y social en toda Cataluña, resto de España y fuera de sus fronteras. Seis años mayor que Antonio Gaudí, que le sobrevivió ocho, Eusebio Güell conoció la existencia del joven arquitecto y paisano durante la contemplación en París de la Exposición Universal de 1878, el mismo año que la reina Mercedes dejó viudo a Alfonso XII y nació la primera idea de una catedral de La Almudena para Madrid.

La pequeña y atrevida vitrina de un stand instalado en la capital francesa le llamó la atención a Güell, que se interesó por el nombre de su autor.

El apoyo económico y moral, los círculos de la amistad, empezando por su propia familia, el intercambio cultural y la pasión común por Cataluña fueron lazos determinantes en la relación Güell-Gaudí, que duró cuarenta años, hasta el fallecimiento del mecenas en 1918. El legado de esta unión es insustituible: los Pabellones de Pedralbes, el Palacio Güell, la Casa de Garraf, la Cripta de la Colonia Obrera de Santa Coloma de Cervelló o el proyecto urbanístico del Parque Güell, lugares de encuentro de artistas y estudiosos, río del turismo de Barcelona que se ha concentrado en este Año Internacional Gaudí con una fuerza arrolladora.

La cadena de encargos tuvo una primera muestra, después de la impresión que a Eusebio Güell le habían producido los detalles de aquel escaparate comercial de una acreditada firma barcelonesa. Por aquellos días, el arquitecto Juan Martorell remataba un conjunto monumental que el Marqués de Comillas le tenía encargado en sus tierras de Cantabria: palacio, capilla-panteón y seminario.

En el mismo instante en que Eusebio Güell conoció a Antonio Gaudí, le hizo el primer encargo: unos muebles adecuados a la capilla-panteón que deseaba regalárselos a su suegro. Bancos y sitaliales de terciopelo, con reclinatorios, fueron la tarjeta de presentación con que el recién estrenado arquitecto entraba en Comillas. El marqués se unió al impulso admirativo de su yerno y ofreció a Gaudí un nuevo trabajo, destinado a los jardines del palacio: el Kiosco de hierro, cristal tornasolado, bronce, azulejos de colores y madera, con campanillas de cristal alrededor de la cubierta. Lujo y filigrana trabajada en Barcelona con billete de embarque para su traslado en un tren de mercancías.

La imaginación y las manos del artista producían una especie de atención expansiva. El Kiosco contagió el impulso de la cadena de solicitudes. Díez de Quijano, amigo y contraparte del Marqués de Comillas se apresuró a encargarle a Gaudí la construcción de una torre-atalaya cilíndrica, desde donde asomarse a las aguas del Cantábrico. Nació así El Capricho, con cajas de música en cada ventana de guillotina, con barandillas de hierro convertidas en asientos y asomadas a las pequeñas terrazas, hojas de palmito, pájaros en los capiteles, azulejos en relieve, canto delicado a la Naturaleza...

Un dibujo para un pabellón de caza que tenía Güell en una finca de la costa, cerca de Barcelona, y el proyecto de rehacer su casa cerca de Las Ramblas dieron paso a unos contactos que, poco a poco, fueron reafirmando entre el mecenas y el arquitecto. «Hay que trabajar mucho para salir del paso», había escrito en una libreta el día que

decidió adoptar a su sobrina y cuidar de la ancianidad de su padre. Gaudí no llegó a casarse, aunque se enamoró de Josefa Moreu, en sus tiempos de trabajos y vida social en Mataró. Le propuso matrimonio, pero la joven Pepeta lo rechazó. Los biógrafos de Gaudí señalan que este pasaje de su vida también influyó en su carácter y forma de afrontar el presente y el futuro.

La personalidad de Eusebio Güell, al que el rey Alfonso XIII le concedió el título nobiliario de Conde de Güell, se reflejó en la obra de Gaudí, amigo ya de su familia y amigos, encajado en la sociedad que representaba el presidente del Centre Català, diputado de las Cortes, senador del Reino, académico de la Real de Bellas Artes de San Jorge, presidente y consejero, entre otras sociedades, de las Compañías Asland, Ferrocarriles del Norte, Trasatlántica, Tabacos de Filipinas y Banco Hispano Colonial.

Sobre la azotea del Palacio Güell asoman dieciocho chimeneas que son toda una lección de geometría. Se incrustan también las piedras, hierros y maderas de primera calidad. La inspiración renacentista y los detalles externos o de decoración son reflejo de la imaginación de un artista que trabajó con libertad y a tono con su estilo de recreación. El edificio (que estaba llamado a ser declarado Patrimonio de la Humanidad, por parte de la Unesco, casi cien años después) tuvo críticas de los contemporáneos del artista: «A don Eusebio Güell y a mí nos gusta», respondió el arquitecto con toda naturalidad... «Para que una obra arquitectónica sea bella —así lo definía Gaudí— es preciso que todos sus elementos tengan su situación, la dimensión, la forma y el color justos»... Y para ampliar su filosofía, afirmó: «Mis ideas son de una lógica indiscutible; lo único que me hace dudar es que no hayan sido aplicadas anteriormente, y que tenga que ser yo el primero en hacerlo».

Parece fundamental hacer estaciones en la Casa Batlló, levantada entre los años 1904 a 1906; la Casa Milà (La Pedrera), desde 1906 a 1912; el Parque Güell, desde luego, 1904 a 1914, tres ejemplos del magisterio de Antonio Gaudí que se vio asistido de un colaborador excepcional: el arquitecto-artista como él, José María Jujol, nacido en Tarragona... Ha dejado dicho Bohigas Martorell en su discurso de Apertura del Año Internacional Gaudí, en Barcelona (marzo de este año), que «Jujol es el único que interpretó y continuó la arquitectura de Gaudí desde un punto de vista consistente».

Para la finca de Pedralbes, que Eusebio Güell soñaba como lugar de recreo sereno y acogedor, Antonio Gaudí colocó un dragón amenazante de hierro forjado a la entrada del jardín principal... Otro dragón de cerámica troceada colocó después en el parque... Su firmeza de carácter, el signo de su personalidad incorregible no lo abandonó en ninguno de los trabajos que le fueron encargados ni en sus relaciones con amigos o desconocidos. «¿Por qué no aprende usted violín», le respondió a la dueña de una casa noble que quería incluir un piano dentro del salón principal que había decorado Gaudí... Mientras tanto, ahí fueron quedando las formas onduladas y naturalistas, los colores, los dibujos y los detalles imaginativos, su aportación luminosa al Modernismo, el banco serpenteante, los valores de las criptas...

Arquitecto también de la Cooperativa Obrera Mataronense, la primera fábrica que en España fue propiedad de sus obreros; de la Colonia Güell, con su Palacio y los Pabellones; la Casa Calvet, Vicenç, Bellesguard, el Convento de las Teresianas, la muralla homenaje al rey Jaime I, las farolas del Centenario de Balmes en Vic, además de la Casa Botines de León o el Edificio Episcopal de Astorga, entre otras huellas de

su genio creativo ya citadas al paso de estos bocetos de su vida profesional, la pasión gaudiniana se desató por completo en sus más de cuarenta años de entrega a la Sagrada Familia... «Mi cliente no tiene prisa», decía.

«El hombre sin religión es un hombre mutilado». La frase pertenece al propio Antonio Gaudí. Al lado de la amistad, el impulso y la esplendidez económica que le procuró el Conde Güell, la dedicación más constante y entregada de Gaudí fue el templo expiatorio de la Sagrada Familia, su obra cumbre que vino a reforzar su talento creativo y su vida espiritual. Su amistad con Jacinto Verdaguer y con el fundador de la Orden Teresiana, Enrique d'Ossó (elevado a los altares por el Papa Juan Pablo II en la madrileña Plaza de Colon, hace nueve años) influyeron en la religiosidad del arquitecto. Misa, comunión, rosario y visita de oración todos los días, en la catedral o en la parroquia de San Juan de Gracia. En los últimos años de su vida, los barceloneses pudieron ver con frecuencia a Gaudí rezando ante una estampa de San Antonio, delante de la imagen de San Roque (a la entrada de las Murallas Romanas, por detrás de la catedral), recogido en el oratorio de San Felipe Neri. Un excesivo ayuno durante la Cuaresma del año 1894 ya le hizo enfermar y necesitar especiales cuidados de su entorno. Su reumatismo articular se fue acentuando. Dormía en una cama sin colchón. Su vida espiritual se hizo cada vez más intensa.

Todavía, en el primer cuarto del siglo veinte, que conoció, le impresionaron no pocos acontecimientos personales y generales, empezando por la muerte de su padre, 1906, en plena tarea de la iglesia de la Colonia Güell de Santa Coloma, trabajo por el que se apasionó, aunque sólo llegara a terminar la cripta. Castellar-Gassol cuenta en su libro de «la vida de un visionario» que «soplaban malos augurios para las iglesias y todavía peores para las iglesias catalanas», después de asegurar que posiblemente esta cripta del templo inacabado fuera una de las obras más ingeniosas del arquitecto.

La Semana Trágica de Barcelona, la fundación de la CNT, las reiteradas huelgas en protestas por la guerra de Marruecos... y, luego, la Primera Guerra Mundial y todas las repercusiones que unas y otras cosas se sintieran en la meditación y el entorno de Antonio Gaudí son instantáneas que pasan por los Gobiernos de Dato y de Maura, la muerte de sus amigos Maragall, en el año 1911, y Güell, en 1918, que tanto le marcaron; la aparición de «Soledades»... o de Campos de Castilla» de Machado, «Sangre y arena» de Blasco Ibáñez, «Zalacaín el aventurero» de Baroja, «Del sentimiento trágico de la vida» de Unamuno, «Platero y yo» de Juan Ramón Jiménez... Benavente estrena «La malquerida» y Ramón del Valle Inclán «Divinas palabras» y «Luces de Bohemia»... Hierve Marruecos y está acercándose la Dictadura de Primo de Rivera... Antonio Gaudí estaba encerrado en la Sagrada Familia, en cuyo archivo del Museo pasan hoy de 400 las obras editadas para explicar la historia del monumento más emblemático de Barcelona, la presencia física o en espíritu, allí mismo, del arquitecto que hoy preside la atención de este aula.

La primera piedra de la Sagrada Familia se puso en 1882. Su impulsor fue el librero catalán José María Bocabella y la Asociación Espiritual de Devotos de San José. El arquitecto barcelonés José Pijoan no estuvo al frente de la obra más que un año. La idea de levantar un templo con donativos de los devotos de San José la aportó el padre Manyanet, lejos de la oportunidad de presentarlo como las catedrales medievales, pero valiente en su decisión. La propuesta del joven Gaudí para dirigir el trazado y las obras del templo expiatorio le llegó del prestigioso arquitecto Juan Martorell.

Estaba Gaudí en 1883 en pleno ascenso y en constante demanda de sus servicios profesionales, pero aceptó y, poco a poco, se fue identificando con la finalidad religiosa y expiatoria de la Sagrada Familia, de modo que empezó armonizando sus demás compromisos con este encargo especial que iba a ser el centro de su vida humana y profesional. Cuarenta y tres años volcados con la Sagrada Familia, especialmente, los últimos diez o doce, desde la Primera Guerra Mundial hasta su muerte. No cobró nunca honorario alguno. Llegó hasta dejar su casa, para instalarse en el propio taller de trabajo, que le absorbía todas las horas, como si las cosas que le rodeaban fueran apartándole del resto del mundo, en medio de los testimonios de austeridad, oración, penitencia y generosa caridad con los pobres.

Tres grandes fachadas: el Nacimiento, la Pasión y la Gloria. Noventa metros de largo, sesenta metros de transepto y cuarenta y cinco metros las naves. Un gran cimborrio que representa a Jesucristo, coronado por una gran cruz de cuatro brazos, a ciento setenta metros de altura. Otros cuatro cimborrios más pequeños, con Mateo, Juan, Marcos y Lucas. Capillas que miran hacia el mar y sacristías que dan su cara a la montaña. Un claustro que rodea el templo. Un simbolismo completo para el refuerzo de la Fe... Y todo ese proyecto, con pequeños donativos. Nada más que donativos de los fieles... «Mi cliente no tiene prisa»... Tampoco ha tenido prisa el expediente de beatificación de Antonio Gaudí, ya en marcha.

«Universo Gaudí» y «La búsqueda de la forma», las dos fantásticas exposiciones oficiales vendrán próximamente a los salones del Reina Sofía y Conde Duque. Así lo anunció Marc Mayer, director general de Patrimonio de la Generalitat, durante el ciclo de mesas redondas celebrado en Madrid. El presidente de la Unión Internacional de Arquitectos, Jaime Duró Pifarré, ha repetido que no se imagina Barcelona sin Gaudí. Y el Comisario del Año Internacional que celebramos, Daniel Giralt-Miracle, nos ha recordado que la proyección universal se ha ido extendiendo desde los propios visitantes extranjeros que se acercaron a pie de obra para poner a Gaudí en las portadas de los libros que contienen la historia de la arquitectura del siglo XX.

En la simulación por ordenador de las formas que adoptan los elementos de la nave central de la Sagrada Familia, tras las investigaciones llevadas a cabo por especialistas de Universidades españolas y extranjeras, se demuestra que las líneas arquitectónicas ideadas por la intuición de Gaudí responden a fórmulas matemáticas exactas.

Aquí termino. Señoras y señores: muchas gracias por su atención y buenas noches.